

Quien por toda poesía no ha leído sino el « Sopla que quema, » no puede ser juez en poesía. Cómo lo ha de ser, si tiene para sí que la Musa es *un mono que salta de la mesa adebajo del catre, ó un gato que se le come el queso!* Preciso es que tenga mucho de maese Pedro quien piensa y habla de este modo. El que haya una persona usado el vocablo *catre* le parece muy mal á maese Pedro, pues ocurre que los de menguado ingenio se figuran que la poesía consiste en decirlo todo con palabras poco comunes y de rodeada manera. Estos no pueden sufrir se denoten las cosas por sus nombres, y todo lo que no sea llamar al cielo *el tindáreo huevo*, y á las estrellas *gallinas celestiales*, será prosa, « y de las mas ruin. » No lo pensaba así el autor de « El Moro expósito, » cuando describiendo el incendio del palacio de Rui-Velázquez, decia :

.... Del suelo quebrantado
Por las grietas el humo empieza á alzarse,
Y acaso llamas: crujen las paredes,
Y aun está en un rincon el rico catre,
Y el niño en él.

Fuera de la cacofonía, imperdonable en hombre tal como el duque de Rivas, el *catre* está muy bien en su rincon; aunque el pobrecillo infante desgarras las entrañas con los vagidos que echa en medio del fuego enviado por la justicia divina á casa del Señor de Barbadillo. Mas ved cómo vuelve el *catre* purgado de la cacofonía.

Respira el padre; es suyo: corre, vuela...
Pero en el punto mismo de salvarle,
Una viga del suelo en aquel lado

Falta, se troncha con fragor, y el *catre*,
Y el niño, y la bordada colgadura
Se hunden en un abismo y hondo cráter,
Por do rompe de llamas un torrente,
Que todo lo consume en el instante.

El niño pereció; el señor de Barbadillo siguió en el huracan de sus crímenes, y el hijo de Zahira estaba creciendo para vengar á su padre Gústios Lara. Sea de esto lo que fuere, don Vicente Salvá dice que tarde ó nunca se hará en España cosa mejor que « El Moro Expósito. » Yo debí haber dicho tálamo, ó navío de la recámara para quedar bien con el fiscal de las buenas letras: el *catre* es lo que le insita la risa: vaya pues á darle sogas á don Angel Saavedra. Conque la Musa no se metió adebajo del catre; usted es el que está metido en un zapato con sus humanidades y todo, pobre literato de monasterio. Califica usted mi prosa de trivial; puede ser. Pero « esconderse debajo del catre, » « no salir ni á palos, » « tener la boca llena de macarrones, » ¿no es hablar como las mujeres del mercado? Todo esto lo aprende usted en su barrio, varon cultísimo, y nos da buenas muestras de su hablar moratiniano. Si por falta de tino y pulcritud me hubiera yo dejado decir alguna de esas morcillas habladas, aquí me dejara tambien morir de pura vergüenza; á usted le gustan mucho esos lugares,

Porque allí llega sediento,
Píde vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánsele, bébelo,
Págalo y vase contento.

« Oh dulcísimo Jesus... » Hay pedazo de gznápiro!

Qué tiene que ver nuestro dulcísimo Jesus con las altercaciones gramaticales de dos pedantes como nosotros? Conque Jesus hasta para echar mentiras y tontadas? Hombre que no está en gracia, ningún término ha de proferir ménos que ese tan lleno de verdad y dulzura.

Con cuánto amor y paciencia
Sufriste, Redentor mio,
Por mi loco desvarío
Tan inhumana sentencia.

Vamos, para argumentos como éste no me ocurre contestacion. A ese buen Jesus y Redentor yo le quiero como la doncella de Lope de Sosa:

Muy amiga le soy, madre,
A ese Jesus que nació:
Mas que á mí le quiero yo.

En cuanto al gazmoño que nos viene con éstas, diré tan solo que habilidad y gracia ha menester para explayar su fervor religioso en materias tan poco teológicas como las que tenemos entre manos. Los santos inmortales, los entes impercederos, la Divinidad misma son cooperadores de nuestras acciones, por reprobadas é ilícitas que parezcan. Los bandidos de Italia y España son á su vez devotísimos: á ninguno le falta su escapulario, su rosario, y los hay que cargan un crucifijo, para encomendarse á él, á la Virgen y sus patronos en sus empresas más atrevidas y criminales. Pero á éstos á lo ménos les sirve de disculpa la ignorancia: los católicos *ilustrados* que se agavillan con Jesucristo para perder con la maldad á los hombres de bien, son reos de sacrilegio, y el dia de las cuentas estarán allí pálidos

y mudos. Quedan notificados los perversos cuya furia no se ha contenido ni en impulsar á sacerdotes sin don de acierto á que prediquen sermones irracionales. El espíritu de la filosofía cristiana simbolizado en la palabra *cosmopolita*, reina en « El Cosmopolita, » leo en un periódico extranjero; y aquí los buenos de los clérigos predica y más predica contra « El Cosmopolita. » Saben lo que hacen estos sabios sin sabiduría, ministros sin doctrina, cristianos sin religion? Dan triunfo y gloria á la envidia, la hipocresía, la iniquidad, esto es, al demonio que se está haciendo pedazos dentro del corazon de ciertos fariseos. Si nos persiguieran los devotos avergonzándonos con el buen ejemplo, aun no tan malo; pero si de la iglesia salen como á posta á infringir todos los mandamientos de la ley de Dios, ¿qué son sino réprobos en éste y el otro mundo? En la doctrina de Jesucristo nada hay falso: no es religioso quien pervierte la verdad y vive ocupado en la ruina de sus semejantes. Pues no hay duda en que no es falta de inteligencia sino sobra de malicia de los que necia y desvergonzadamente han dicho que mi fin es establecer no sé qué sistema « sobre las ruinas de la sociedad cristiana. » Lo que sí me propusiera con ardor seria establecer el cristianismo puro y limpio sobre las ruinas de la iniquidad, la hipocresía, el fanatismo; y ojalá Dios me diera licencia para este santo apostolado, aun cuando el martirio fuera mi única esperanza.

Doblemos esta hoja, y no le dejemos sentar el pié en el suelo al mal cristiano y peor escritor de la gran lengua de Castilla, ya que él ha nacido para dar de comer al

diablo. Venga usted acá, señor guapo, y vea cómo se pone en claro una maraña. Cuando el comparativo *mejor* está usado por *más bien*, hay galicismo: cuando significa más bueno, más conveniente, más útil, es castizo. « Al soldado *mejor* le está oler á pólvora que á algalia, » dice Cervantes. Y Tiberio, dirigiendo la palabra al Senado, les habla de este modo: « Ruegos, padres conscriptos, consideréis si os *está mejor* mudar de resolución. » Los ruegos de Tiberio eran órdenes para los senadores ilustres, claros y expectables, y así *tuvieron por mejor* mudar de resolución; con lo cual el tirano quedó satisfecho, y mis críticos las orejas caídas, sin que á los jesuitas que los llevan por el bocado de la brida les sea dable sacarles la espina del dedo.

Suelen usar los autores del adverbio *ya* con significacion de *si es que*, *si acaso*, *por ventura*: no peca quien dice: « Podrían los pueblos perdonarle, si *ya* se arrepintiese, » como yo dije, autorizado por escritores de más de la marca. « Pero él se guardará bien, dijo don Quijote, si *ya* no quiere hacer el fin mas desastrado que padre hizo en el mundo. » Esto es, si acaso, si por ventura no quiere lo que dice el caballero.

« Sucedieron pocas cosas dignas de memoria, si *ya* no les ocurre á los autores henchir sus libros con alabar... » Tácito por boca de Coloma nos dice: Si es que, si por ventura no les ocurre á los autores henchir sus libros. A los autores les ocurren tantas necesidades! pero tachar de redundante ese *ya*, no le pudo ocurrir sino al trasgo que anda poniendo piés con cabeza las cosas.

Podríamos perdonarle todo sino fuese la traicion. « Este *sino* hace aquí oficio de capa rota: no sabemos á lo que ha venido, y por razon de Estado, le prendemos. »

Arremetiése Morilla, y comiéronle los lobos. Prender? cómo prender? El puto judío es el prendido, y no su reverenda fray Luis de Granada, quien sale de fiador por ese buen muchacho. « De todas las cosas habia el demonio despojado á nuestro santo Job, *sino* era de la vida. » Esto es, fuera de la vida, excepto la vida. Préndanlo.

Malas son las lecciones de lengua castellana sin consulta previa de los verdaderos maestros: así enseñamos errores, y no reglas que sufragan para su pulimento y hermosura. Ni ha existido, ni existirá jamas una lengua matemática: las más cultas se componen de irregularidades, las cuales, cogidas al vuelo por algunos pescadores de defectos, son joyas de los mejores quilates, que por falta de pericia en nosotros pierden á nuestros ojos su primor y estima. La discrepancia de ciertos tiempos de los verbos es aire del idioma en ocasiones, gracia que no hemos de sacrificar á la nimia exactitud, la cual vendria á ser muchas veces mezquindad y desconocimiento de la pompa que ha menester una reina. Cuando Granada dice: « Si quieres saber qué tantos *sean* los pecados que en los tiempos pasados tienes hechos, » ha faltado á la correlacion de los del verbo; pues en rigor debió haber dicho: qué tantos *son* los pecados. Dijo *sean*, aplicando el futuro al pasado, no por equivocacion, sino por capricho y elegancia. No hay buen libro que yo abra, donde no halle lo propio.

« Porque no son de condicion que *se posean* exteriormente, dice Nieremberg, hablando de las virtudes, sino intrínsecamente. » No habla el buen padre de las que podemos poseer, sino de las que poseemos, y aun hemos poseído ántes. Y no se llamen á iglesia los críticos de hoy diciendo que fué acaso *quid pro quo* de Nieremberg; oh, no ! es corte que usan á cada vuelta de hoja; y aun por eso hallamos en las Meditaciones de Granada: « En este mismo cuidado y descuido podrás entender cuán de verdad *sea* este Señor nuestro padre, y cómo tiene para nosotros entrañas y corazón de tal. » Medrados estaríamos si él no fuese nuestro padre actualmente, y sólo nos endulzasen el alma los autores místicos con la esperanza de que lo será en algún tiempo. Mi padre es hoy, y lo fué de los míos: los malos reniegan de él con la mentira, las intenciones aviesas, la perversion de espíritu y las obras criminales.

Tal día como hoy vencí á Cartago, exclama Escipion en presencia de los ingratos que van á someterle á juicio; y será bien que en memoria de ello *vamos* luego á dar gracias á los dioses. El pueblo le sigue al Capitolio, y los tribunos se quedan mirándole asombrados. Hé allí el presente por el futuro. Escipion, para hablar según todo el rigor de la ley gramatical, debió haber dicho *vayamos*, ó *váyamos*, como dicen ciertos inimitables profesores de nuestra buena lengua americana.

Si á modernos va, Capmany me saca airoso. « El escritor elocuente, como *sea* su fin mover y persuadir... » Capmany quiere decir: Como el fin del escritor elocuente es, y dice *sea*, no por error, sino por modismo elegante.

Con esta lección Fernán Caballero, otro maestro: « No digo que no *haya* malas lenguas, dijo la viuda; ¡ Jesús si las hay! » Nadie más que los deslenguados saben que esas víboras reinan hoy, como reinaran después de otro diluvio, si diluvio. Pero el Señor nos prometió que no lo habrá, á pesar de nuestra maldad consumada, y podemos dormir tranquilos, sino son pestes, hambres y terremotos.

La Academia Española, en la última edición de su Gramática, dice: « No son irregulares algunos verbos, aunque tal vez lo *parezcan*. » Esto es lo *parecen*: subjuntivo por indicativo. Si á autoridades va, el juez lo ha resuelto.

« Gran justador: pues verle armado, un san Jorge. »

Hay figura más graciosa, elipsis más rápida y expresiva? Para éstas, á la Celestina. ¡ Y hay quien se ría de mí, porque digo: Gran hacendista: pues sus obras, las de un Colbert!

« Abrazarte quiero, amor; que agora que te veo creo que hay más virtudes en ti que todos me decían. »

« Halló la empresa más fácil que todos habían pensado. » El que me condena esta frase, tiene que condenar la de Fernando Rojas; y Clemencin advierte que la tragi-comedia de « Calixto y Melibea » es libro de *gran autoridad* para el lenguaje. Juan Valdes, el ya citado autor del Diálogo de la lengua, otro que tal, juzga á la « Celestina » por uno de los libros donde la lengua castellana « está más propia y castiza. » En esas oraciones,

faltan, por la elipsis, una preposicion y un artículo : qué lengua más elástica y hermosa ?

« Danles un ciento de azotes, y échanlas las haldas en la cabeza. » Esto hacian antiguamente con las corredoras de oreja, y aun de todo el cuerpo, cuando las tomaban con las manos en la masa. Allí falta el *con* antes de *las haldas* : supresion graciosísima usada á cada paso por las autores clásicos. El que dice : « Otro dia, su mochila á cuestras, su rifle al hombro, tomó el camino y se fué, sin que persona se lo estorvase, » no ha menester *con* antes de *su mochila*, ni can despues de sus talones.

Gracia es, y audacia de tomo, echar á los perros como alimento poco razonable para la lengua culta, cortes y decires que ya fueron preciosos. No se me ignora que don Rafael Maria Baralt, en su Diccionario de galicismos, hace un deslinde nuevo entre *gente* y *gentes*, afirmando que el primero es del lenguaje serio y remontado, y el segundo lo solemos usar, dice, cuando la idea que expresamos envuelve menosprecio. Que á él le parezca así, bien puede ser ; mas que tal haya sido el uso en la gran época de nuestro idioma, no estoy en un tris de llevarle la contraria. « Una es la sutileza con que adelgazamos la verdad en la disputa, y otra cosa cuando se acomoda el modo de hablar á la opinion comun de *las gentes*, » dice Balbuena, traduciendo los Oficios de Ciceron. El escritor no muestra despreciar á *las gentes* que no adelgazan la verdad en la disputa ; al contrario, los que la engordan con la buena fe son los dignos de estima y loa.

En el paralelo que Tácito hace de Alejandro y Germánico hallamos esta locucion : « Ambos muertos por asechanzas de los suyos entre *gentes* extranjeras. » El de la alta historia, esa historia que *anda á caballo*, en el estilo de Quintiliano, no es el vulgar, al cual don Rafael Maria quiere adscribir este noble plural con el cual tan grandes cosas han expresado los antiguos. En el mismo estilo de á caballo dice Coloma en los Anales : « Llegó despues Sináces con nuevas *gentes*. » Y en tiempo en que la espada era ley de pundonor, los soldados, ó el ejército, no eran, que digamos, la gente ménospreciada de la república. Qué menosprecio habia de envolver el *gentes*, cuando los personajes trágicos echaban mano de él en sus más lamentables conflictos ? Y sino, ved allí sobre esa torre esa bella mujer que en ademan de despedirse del sol, el cielo, el mundo, desmelenada y como fuera de sí, exclama : « Oh *gentes* que venis á mi dolor, oh amigos y señores...! » Esa mujer que así está invocando la conmiseracion de sus semejantes, á la vuelta de un minuto es un monton de carne sin alma en el suelo salpicado con su sangre. La hermosa Melibea, quitándose la vida, no mostraba, sin duda, el más subido punto de desprecio por esos á quienes estaba llamando para que la viesen morir ? Oh *gentes* que venis á mi dolor, oh amigos y señores... Pudieran imputarme de anticuario los románticos de nuestra lengua, si yo no reforzase la doctrina antigua con el testimonio de los escritores modernos más autorizados. Quintana, en sus vidas de los españoles ilustres, hablando del Quijote, dice así : « Puesto que *las gentes* se agradaban tanto de él que, si sus defectos

eran fáciles de ver, todavía eran más fáciles de corregir.»

Si esto no basta, subamos agua arriba, lleguemos á los manantiales de nuestro idioma, y descubramos allí si *gentes* es ó no galicismo : « Otrosí decimos que está muy notorio el daño que hace á hombres mozos é á doncellas, é á otros géneros de *gentes* leer libros de mentiras y vanidades... » Las Cortes de Valladolid en el siglo décimoquinto no fueron, yo presumo, á pedirle al frances ese *gentes* para hacer su petición al rey? O hemos de suponer que la dicha corporacion miraba con desprecio á hombres mozos, é á doncellas, é á otros géneros de *gentes*? Suele suceder, por la inversa, que el singular de este nombre trae consigo cierta idea de poca estima y consideracion ; verbigracia : gente de poco más ó ménos, pobre gente, buena gente ; cuando los franceses, para el mismo caso, se sirven del plural diciendo *bonnes gens*.

Ya os oigo que decis : Do no hay cabeza raída no hay cosa cumplida : la susodicha Melibea, las Cortes de Valladolid, y Sináces con sus *nuevas gentes*, son simples legos ; y así no son poderosos para persuadirnos á católicos-apostólicos-romanos como nosotros. Pues ved aquí cómo un sacerdote de saber y fama acude á la procesion con una curiosa insignia en las manos. « Añaden haber sido halladas *estas gentes* (los batuecos) por una señora de la casa de Alba, que rendida al amor de cierto caballero, dió tan mala cuenta de sí, que le fué necesario huir... » Yo, con no haber dado tan mala cuenta de mí, como esa noble dama dió de ella, estoy sacando á la luz del mundo estotros batuecos, que harto merecian quedar ocultos é ignorados hasta el dia del juicio. Lás-

tima que no haya otro Feijoo que dé cuenta de este nuevo descubrimiento.

El verbo *crecer*, en ocasiones, es transitivo, como en este pasaje del padre Roa : « Como si Dios que á nuestros mayores hizo grandes, no pudiese crecer nuestra pequeñez. » Dios puede volvernos gigantes de pigmeos, verídicos de mentirosos, caritativos de malsines, nobles de canallas, buenos de malos, y personas de virtud de viciosos y delincuentes ; pero los críticos sin entender ni saber no podrán nunca darles un tapaboca bien dado á esos parlanchines del diablo que siempre hallan resquicio por donde apellidar la tierra y hacer tumulto de grandes autores y bulla de autoridades. Quién es, por Dios, el poeta español que ha dicho :

Crece el caudal de este profundo rio
El llanto de mis ojos?

Si no es Quevedo, averígüelo Vargas ; que yo no estoy ahora para ir á revolver el Parnaso y calentarme la cabeza, por citar á punto fijo una cosa que no importa. No importa... cómo no importa un verbo tan elástico y acomodadizo? Mirad aquí otra significacion de las suyas en otro fraile de los de mejor raza. « No solamente procuremos conservar el don de la gracia, sino tambien adelantar y *crecer* en él. » Nieremberg es antiguo que mucho sabe de lengua castellana.

Ya sé, dice usted, buen hombre, que toda la culpa me echan á mí : sale un libelo : el hermano Modesto. Sale un pasquin : el hermano Modesto. Sale un ridículo

juicio crítico : el hermano Modesto ; y pan de perro.

El perro flaco todo es pulgas, amigo ; y puesto que suya es la ruin censura, tome para peras, y con su pan se lo coma.

Huir, dice usted, no puede usarse sin régimen ; y éste no puede ser sino el *de* : así el siervo de Dios huye *de* los pecadores, el cristiano *de* los herejes, el católico *de* los rojos.

Esto es perder con buenas cartas, digo yo, si ese siervo de Dios, ese cristiano y ese católico no juegan con cartas señaladas, para ganar á la mala á los rojos.

Darte han dados plumados, perderás tus dineros :
Al ganar vienen prestos, á la lid tardineros.

Los que juegan limpio, dicen como santa Teresa de Jesus : « Huid, hermanos, las ocasiones del pecado ; » y como fray Luis de Granada : « El cocodrilo es animal fiero que huye si le acometis, y os acomete si le huis. » Asimismo son los fieros pseudo-católicos, los apologistas del patíbulo, huyen si los acometemos, nos acometen si *les huimos*. Cocodrilos de tierra seca, ay de los que den señales de tenerles miedo ! Si á los que no *les huimos* nos están mandando de dia y de noche á los infiernos ; á los que se dejan amilanar por sus colmillos, los hacen pedazos y los mandan positivamente á la sepultura, y aun más adentro. Galileo, pobre anciano, sin fuerza para resistir los rayos del Júpiter moderno, *les huyó* ; pero le cogieron, le mordieron y le arrancaron la retractacion que es el documento más glorioso de la sabiduría de la Iglesia.

Toma ejemplo del tiempo que *nos huye*,
Y en sus flores de tardos nos arguye.

Por ahora, no hay miedo de que la memoria me falte en poesía ; y aun los he de distinguir entre los dos hermanos, por parecidos que sean ; pues si no fué Bartolomé, fué Leonardo el que nos puso el lindo ejemplar del tiempo que *nos huye*. Si los Argensolas están en un corazon con santa Teresa y fray Luis de Granada, ya podremos sin cuidado no *huirle* al cocodrilo, porque si *le huimos*, nos acometerá y nos obligará á retractarnos de nuestras verdades más palmarias y nuestros convencimientos más profundos. Don Antonio Capmany, portaestandarte del purismo riguroso, corrobora la legitimidad de esas locuciones cuando afirma que « da lástima ver al orador buscar en la bóveda las palabras que *le huyen**. Conque si estampé un gazafaton cuando dije que el diablo mismo *le huía* al consabido pícaro, porque éste era peor, santa Teresa, fray Luis y don Antonio tuvieron la culpa.

Yo pienso, dice por ahí el enemigo del pensamiento, que nunca el singular puede entrar por el plural. Es, pues, disparate decir *tánto hombre ilustre*.

Uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla. Usted piensa uno, amigo Zoilo ; Fernan Caballero piensa otro : véalo usted en « La Gaviota, » linda novela de costumbres españolas. « Cristianos ! yo no sé de dónde salió *tánta criatura*. » « De dónde salió *tánto músico* ? » Y

* Filosofía de la elocuencia.